

PARACELSO Y LA FORTALEZA DEL SILENCIO: EL RETIRO.¹

por Gloria Luz Godínez Rivas

El silencio presupone paciencia, constancia y testarudez; y sobre todo, se confronta con el día a día de nuestra vida, los días que nos quedan, uno tras otro, realmente largos con sus pequeñas horas, es como un voto, de cristal, puede romperse con nada y su enemigo es el tiempo.

Antonio Tabucchi

Filósofo del Renacimiento, Paracelso practicaba la medicina en la Europa del siglo XVI; sabía de las palabras lo que los viejos tratados enseñan, a saber, que las palabras tienen fuerza sobre los hombres y que curan o intoxican al ánimo como los fármacos al cuerpo. En relación a la salud, nuestro médico sabía que las más de las veces es mejor callar, porque de las palabras pueden salir defectos y enfermedades. Callar o simplemente no abusar de las palabras emitidas y, sobre todo, no abusar de las palabras imaginadas, porque el cuerpo, escribe Paracelso en su tratado sobre *Las enfermedades invisibles*, “el cuerpo tiene el poder de construir, de realizar y de ejecutar los datos o directrices de la imagen”²

Entre los viejos tratados que leyó Paracelso encontramos sin duda la influencia de los versos de Pitágoras³. Se dice que los aspirantes a la sociedad pitagórica, después de cierta etapa de selección, permanecían cinco años en silencio antes de su primer contacto con el maestro. En silencio escuchaban los *versos de oro*: que “las muchas palabras que salen por la boca de los hombres, buenas las unas, malas las otras, ni te turben ni te dejes influenciar por ellas.”⁴

Escuchar palabras sin turbarnos significa no dejarnos mover, implica cierta resistencia a la persuasión; sin embargo, esto vale para las palabras emitidas por otros, tanto como para las palabras que nosotros mismos producimos aún sin hablar. “Para acercarnos a los santos”, pensaba Paracelso, “¿qué cosa no hay mejor sino sencillamente permanecer quietos?”⁵

El silencio en comunidad facilita que se mantenga el silencio entre los individuos, aún más, evita discusiones y peleas que se gestan desde el ego. Preguntas o reclamos personales nunca son pronunciados, y las faltas cometidas, con el tiempo y cubiertas por el silencio, son olvidadas mientras se recuerdan. El silencio fortalece la memoria. Y recordemos, memoria también es olvido.

Por las noches los pitagóricos recordaban cada uno de sus actos del día, mas el recuerdo era sobre todo juicio. Los versos que prescriben este examen como antesala del sueño contienen preguntas para conducir al discípulo a través del silencio: “¿En qué he cometido error?” es la primera de ellas y así, lo que se recuerda no es el acierto sino la

falta cometida, se recuerda lo indigno y lo olvidado, la debilidad. “¿Qué he hecho? y ¿Qué no he hecho que debía hacer?”⁶ son las siguientes preguntas; con ellas los pitagóricos retrasaban a voluntad el sueño a fin de purgar el alma de la jornada diurna. Como estómago que digiere, asimila y elimina, así se recuerda y se olvida.

¿Qué no he hecho que debía hacer?, esta pregunta pide recordar *lo que no sucedió*. Y lo hace porque es posible, porque lo recordado es imaginado, y por eso la reproducción puede dirigirse a los actos realizados tanto como a los que no fueron hechos. Estas producciones, imágenes o palabras, pertenecen a una realidad cuya fuerza nos afecta, y que Paracelso coloca en el lado invisible del cosmos.

Observa bien: tú eres visible y material. Existe igualmente otro ser invisible que también es tú mismo; este ser invisible hace lo que tu cuerpo hace; éste, de forma visible; aquél de forma invisible.⁷

Entonces si el estómago digiere la comida, asimilando una porción y eliminando a otra como excremento, podemos pensar que el cuerpo invisible hace lo mismo con la memoria. Con la memoria el cuerpo invisible digiere imágenes y palabras, de lo recordado elimina los actos vergonzosos y de lo producido asimila aquello que hubiera sido mejor hacer.

En cualquier introducción a la filosofía antigua podemos leer que la comunidad pitagórica vestía de blanco, que realizaba ayunos y no comía carne, que dedicaba su vida a la contemplación y a la meditación; y finalmente, que el principio de todas las cosas era para ellos el número, en particular la unidad absoluta. Pero, ¿qué es lo que pensamos cuando nos refieren a las palabras contemplar y meditar?

Lejos de pensar en un estado particular de la mente (señalando que “mente” ha sido un término filosóficamente problemático), sería conveniente pensar en términos de técnica para referirnos a la contemplación o a la meditación, y de manera mucho más directa para referirnos al silencio y a la memoria. Con las preguntas que se hacían antes del sueño, debemos entender que silencio y memoria eran para los discípulos de Pitágoras, ejercicio y disciplina, y que practicarlos era obedecer reglas específicas, *tejné*.

Toda técnica es preparación para determinado arte u oficio, así, el silencio es también preparación y su práctica fortalece a la memoria. Entre los pitagóricos, el arte de la memoria se practicaba para fortalecer al alma, era un ejercicio diario, repetido cada noche, y si comparamos esta disciplina con la de cualquier arte (el dominio del cuerpo en la danza por ejemplo) no resulta inconcebible volver a pensar en esos cinco años de silencio como entrenamiento para pertenecer a la comunidad pitagórica.

El cuerpo sabiamente dirigido tiene la capacidad de realizar obras que atañen a lo divino o a lo demoníaco, por eso, en distintas tradiciones, las fuerzas invisibles u ocultas están relacionadas con las artes y las técnicas. En el contexto renacentista las palabras pensadas y las imágenes soñadas llegan a convertirse en deseo y tienen una fuerza

invisible, fuerza de transformación como la del fuego. Para que esta fuerza se haga visible “todos los pensamientos se concentran en encender la llama”.

Pero ¿qué clase de fuego pueden encender los pensamientos sin medida?, la fe, de forma invisible, “es capaz de engendrar todo cuanto crece y se desarrolla en la naturaleza terrestre”, explica Paracelso, y del mismo modo, “puede también engendrar toda clase de enfermedades”⁸. Así, nuestro médico sabía que las más de las veces es mejor callar.

Es importante señalar que el tiempo de silencio no es tiempo sin sonido, los mismos pitagóricos tenían la costumbre de cantar ciertos himnos por la mañana y al anochecer, acompañados de la lira. Callar implica el esfuerzo de no emitir juicios, a menos que pertenezcan a la misma técnica, sin embargo, para callar es frecuente que se entonen ciertos rezos que protegen al silencio y evitan los comentarios.

Este método aún es utilizado en el budismo tibetano, en el sufismo y en el cristianismo ortodoxo. Empero, lo importante es apuntar que silencio no es solamente ausencia de voz, porque en silencio trabajamos con palabras y sin ellas, en silencio recordamos y olvidamos, en silencio nos curamos.

A este propósito, leemos en Giordano Bruno, “las inteligencias ocultas no vuelven sus oídos o su inteligencia hacia todos los idiomas; pues no consideran de la misma manera a las palabras –que existen por institución humana– y a las voces naturales. Por eso los cantos, principalmente los trágicos (como señala Plotino)⁹ tienen un poder muy grande en las dudas del alma.¹⁰

Las inteligencias ocultas son en el Renacimiento, todos los demonios y dioses; ángeles, héroes, genios, y toda la gama de espíritus: los astrales, los ígneos, los etéreos, aéreos, acuáticos, terrestres o subterráneos, todos ellos habitan, según su grado, en diferentes cuerpos y materia. Su fuerza pertenece a la parte invisible del cosmos. Unos son amigos para algunos y enemigos para otros. La buenaventura tiene que ver con el autodominio no con la maldad. En muchos sentidos, tiene que ver con el silencio. Porque los espíritus “no tienen ni fuerza, ni cuerpo, ni sangre, ni cuerpos. Todo su poder les proviene de la fe”. Aclara Paracelso.

En la Edad Media la palabra fe se utilizaba en primera instancia para referirse al contenido de aquello en lo que se creía, después se usaba para nombrar al acto de creer. Por sí mismo, sin los libros sagrados, el hombre no podía sondear la capacidad de la fe, porque la fuerza de lo visible no pertenecía a la fuerza de la fe.

Paracelso habla de una mitad en los seres humanos en donde actúa ese mundo invisible¹¹ que no tiene sangre; ciertos espíritus penetran en él de manera relativamente fácil, introducen pensamientos e incluso impresiones sensibles. De este modo, el silencio no sólo nos protege de nuestras propias producciones, nos protege también de aquellas que se introducen desde “afuera”.

Detengámonos y recordemos por un momento la violencia sensorial de nuestras ciudades ¿Qué decir de nuestros demonios y de nuestro silencio contaminado? Silencio en comunidad no es lo mismo que silencio en soledad, del mismo modo que silencio en la ciudad no es lo mismo que silencio en la montaña. Hablemos de un viaje: el retiro.

Lejos de un grupo, para el hombre que calla hay silencio, soledad y camino. Así, lejos de los asentamientos urbanos fueron construidos los monasterios como sitios de retiro, espacios dispuestos en un ambiente propicio para el silencio; por ejemplo, en las selvas de la India y en el desierto del Medio Oriente. Sitios en los márgenes de lo habitado, lejos para poder llegar, para viajar. Caminos repetidos fueron trazados y andados simplemente para callar, recorridos cada vez de modo irrepitible.

Esos caminos llevaban a los espacios marginales, y en realidad, ellos mismos lo eran. Las experiencias eremíticas de nuestro imaginario aparecen fuera de la ciudad, en los bosques, las selvas, las montañas o el desierto.

En la tradición judeocristiana el génesis de la vida urbana está en el linaje de Caín; así, el origen de la ciudad es a la vez una marca que la condena. Por el contrario, frente a la ciudad, el desierto conserva en el Antiguo Testamento su prestigio en memoria del éxodo como lugar de pruebas. En el desierto, tierra estéril, habitaba el demonio Azazel¹². Y es en este mismo lugar de tentaciones donde sucede, más tarde, el viaje más importante para la tradición cristiana, a saber, el de los cuarenta días y cuarenta noches que pasó Jesús en el desierto de Judea. “Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”¹³ pero después de superar las pruebas del demonio, en ayuno y en silencio, Jesús se encontró con Dios en el desierto.

La jornada se convirtió en un episodio arquetípico para los cristianos, y el desierto en la literatura monástica de la alta Edad Media significó el “puerto de salvación” para quien había superado pruebas y sufrimientos. El desierto simbolizó a la montaña, al mar o al bosque, lugares de reclusión voluntaria y también portadores de sentido.

Fue así que el retiro logró ser una institución religiosa: normas, lugares específicos, cuarenta días de ayuno y de silencio, plegarias y sacrificios corporales fueron adoptados por los fieles cristianos. Pero el asceta medieval, no sólo ayunaba y callaba, sobre todo, martirizaba al cuerpo, condenaba al sueño y a la alimentación. Lo hacía porque la prisión del alma había de ser castigada, porque el pecado original, desafío intelectual a Dios, se había convertido en pecado sexual. Y con esta transformación del imaginario, del retiro y del silencio, los hombres que abusaron de la fe se enfermaron.

Porque ningún bien dirigido al alma sucede sin que sea un bien para el cuerpo, la doctrina pitagórica se afanaba en ello, cuidaba la alimentación, la música y el ejercicio; por el contrario, en el cristianismo medieval “el camino de la perfección espiritual pasa por la persecución del cuerpo”¹⁴. Dicha persecución se volcó también al cuerpo invisible y de tal modo se abusó, que el acosó dio lugar a las enfermedades de la fe, porque “lo que daña al cuerpo destruye también la morada de lo que es eterno”¹⁵, advierte Paracelso y continúa:

La plegaria y el ayuno son buenos puesto que expulsan a los diablos... Lo que no es bueno es esta costumbre de rogar y ayunar a todo tren como los rigoristas, estas abluciones del rostro, como si ignoráramos que es al corazón y no a la tripa donde hay que mirar.¹⁶

Paracelso diagnosticó y presentó a las enfermedades causadas por la fe dentro de su tratado sobre *Las enfermedades invisibles*. “La fe, compréndanlo bien, puede tener unos efectos hasta tal punto sorprendentes que inclusive el cuerpo visible ya no pueda concebirlos”¹⁷. El contenido de la fe está compuesto de palabras e imágenes que sin ser vistas se esperan, se trata de nuestra convicción puesta en ellas. Paracelso sabía que no se puede pensar impunemente en ciertas palabras, porque las palabras son las cosas y son capaces de curar o intoxicar, sabía que a veces es mejor guardarnos en silencio, porque hay palabras que pueden desencadenar miedos y ocasionar enfermedades.

En soledad es inevitable encontrarnos con los demonios, por eso, indica nuestro médico, “quien no posea el dominio de sí mismo, que se abstenga de estar solo”¹⁸. Un dominio tal presupone paciencia, constancia y testarudez. Empero, silencio es más que un consejo terapéutico, incluso, silencio es más que una simple técnica, silencio es fuerza porque silencio es palabra. Y la palabra, escribía Gorgias, “es un gran potentado que, con muy pequeño e imperceptible cuerpo, lleva a cabo obras divinas”¹⁹, puede calmar el miedo o quitar la pena, puede engendrar el gozo.

Decir y callar son el poder del hombre sobre la tierra, una elección que cobra sentido o sinsentido, pero sólo gracias a esta fuerza, dijo Paracelso, “el hombre sobrepasa y somete a los espíritus obligándolos al silencio”.²⁰

Noviembre 2003
Guadalajara, Jalisco

Bibliografía

- Brun, Jean: *Los presocráticos, ¿Qué sé?*, CONACULTA, México, 1989.
Bruno, Giordano: *Mundo, Magia, Memoria*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.
Le Goff, Jacques: *Lo maravillosos y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1996.
Gorgias: *Fragments*, UNAM, México, 1980.
Paracelso: *Las Enfermedades Invisibles*, Fontamara, México.
Pitágoras: *Los versos de oro*, Estaciones Clásico, Buenos Aires, 1997.

¹Texto presentado en el XII Congreso Nacional de Filosofía “Los desafíos de la filosofía al siglo XXI”, Asociación Filosófica de México, Universidad Autónoma de Guadalajara, Universidad Nacional Autónoma de México.

² Paracelso: *Las Enfermedades Invisibles*, Fontamara, México, p.33.

³ “Numerosos movimientos, deben algo al pitagorismo y Pacioli, Paracelso, Képler, probablemente fueron sus seguidores”. Jean Brun: *Los presocráticos, ¿Qué sé?*, CONACULTA, México, 1989, p. 44.

⁴ Pitágoras: *Los versos de oro*, Estaciones Clásico, Buenos Aires, 1997, versos XXI y XXII.

-
- ⁵ Paracelso: *Op. Cit.*, p.84.
- ⁶ Pitágoras: *Op. Cit.*, verso LXII.
- ⁷ Paracelso: *Op. Cit.*, p.33.
- ⁸ *Id.*, p.28
- ⁹ Cfr. *Eneadas*, IV, 4, 40.
- ¹⁰ Giordano Bruno, *Mundo, Magia, Memoria*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, p. 260.
- ¹¹ Paracelso: *Op. Cit.*, p. 13.
- ¹² Lv. 16 8
- ¹³ Mt. 4 1
- ¹⁴ Jacques Le Goff: “Algunas observaciones sobre el cuerpo en la ideología medieval”, en *Lo maravillosos y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 41.
- ¹⁵ Paracelso: *Op. Cit.*, p. 17.
- ¹⁶ *Id.*, p.118.
- ¹⁷ *Id.*, p.22.
- ¹⁸ *Id.*, p.72
- ¹⁹ Gorgias: “Gorgias, Encomio de Helena”, en: *Fragmentos*, UNAM, México, 1980, p. 12-14.
- ²⁰ Paracelso: *Op. Cit.*, p. 23.